



EL CIELO ENTRE LOS DURMIENTES

Humberto Costantini

EL CIELO ENTRE LOS DURMIENTES

Humberto Costantini



Duración
15'38"

Ni un alma por la calle. Como si el sol de la siesta cayendo a pique y después derramándose por todos lados, hubiera empujado a bichos y gente a quién sabe qué escondidos refugios, adonde el sol no puede penetrar, pero ante los cuales se queda montando guardia, rabioso y vigilante como un perro en acecho.

Por la calle vamos Ernesto y yo. Hace cinco minutos, un silbido me arrancó de la sombra de la glicina y me mostró entre dos pilares de la balaustrada un rostro enrojecido y contento. No hubiera sido necesario que me dijera –¿salís?– con un grito breve y exacto como un pelletazo. Yo lo estaba esperando, o mejor dicho yo estaba esperando un pretexto cualquiera para dejar aquella modorra del patio adonde me llegaban ruidos lejanos e incitantes entreverados con el aleteo de algún mangangá.

Por eso no le contesté nada y enseguida estuve con él en la puerta. Se sabe que saldríamos a caminar. Ernesto es así y nuestros doce años no soportan otras tratativas que ese –¿salís?– liso y directo viniendo de un mechón caído sobre los ojos, de una transpirada camiseta amarilla y de unas ganas de hacer muchas cosas que le brillan en la mirada.

Un saludo –¿qué hacés?– y caminamos. El agua de la zanja, un agua barrosa, oscura, caliente, cubierta de protuberancias verdes como el lomo de un sapo, se agita por momentos a impulso de invisibles zambullidas o respira a través de unos globos lentos, pesados,

que levantan nuevas ampollas en su pellejo y hacen un extraño ruido de glogloteo como si ya estuviera por soltar el hervor.

Caminamos. La tierra quema en los pies y es lindo sentir ese mordisco cariñoso, de cachorro, con que la tierra nos juguetea por las pantorrillas. Pero más lindo es no sentir nada de eso, sino esas ganas locas de meterse en la tarde como en una selva. ¿No es cierto, Ernesto?

Caminamos. Un alguacil grande y rojo viene a despedirnos, pasa zumbando a nuestro lado y siguiendo la línea de yuyos que bordea la zanja llega hasta el puente de la esquina y vuelve volando a toda máquina amagando un encontrón. –¡A que no lo agarrás!

Caminamos. Las cuadras del barrio quedan atrás. Los paraísos se cambian en plátanos y después otra vez en paraísos. Flechillas, lenguas de vaca, huevitos de gallo. Ésta es otra zanja, no la nuestra. ¿Habrá ranones por aquí?

Caminamos. ¡Aquella montaña! ¡A saltarla! La sangre nos golpea en el pecho y en el rostro. La vida es una alegría retenida en los músculos y es ese olor a sol, a sudor y a piel caliente que viene de la ropa de Ernesto.

Caminamos. Ernesto sabe de muchas cosas. De trabajos, de aventuras, de casas abandonadas y de extraños nombres de calles. Mientras caminamos me habla. Me cuenta un disparate y yo me río. Me río como un loco. Me río tanto que Ernesto se contagia de mi propia risa y empieza a reírse él también. Le salen lágrimas de los ojos, se aprieta el costado, no puede parar. Yo lo miro y me da más risa todavía verlo reír. Caminamos tambaleantes, empujándonos, atorándonos de risa. La risa se nos atropella en la boca, nos crece incontenible por todos lados, nos acompaña por cuadras y cuadras esa risa sin porqué, como si una bandada de gorriones enloquecidos nos estuviera siguiendo.

La esquina. Otra cuadra. La risa. Ladridos detrás de un alambre. Otra cuadra. Magnolias, jardines, postes de teléfono. Otra cuadra. Las alpargatas de Ernesto levantando el polvo en las veredas. Otra cuadra. El cielo, la soledad de la siesta, el silbido de una urraca. Otra cuadra, otra cuadra...

Apoyo de pronto mi mano en el hombro de Ernesto y señalo el terraplén del ferrocarril. –¡A ver quién llega primero!

Salimos como balas. Una ametralladora de pasos y el crujido de los terrones secos. Oigo el jadeo de Ernesto y apenas veo su camiseta amarilla pegada a mi costado. Me pongo enormemente con-

tento cuando dejo de verla y cuando siento que el jadeo va quedando atrás. Apenas por un par de metros, pero llego primero arriba. Y desde arriba lo miro triunfante.

Ernesto tiene la cara negra de tierra y un sudor barroso le forma ríos en la nuca y la espalda. Yo debo estar igual porque en la manga que me pasé por la frente queda una gran mancha negra y húmeda.

A Ernesto se le ocurre caminar por la vía y vamos pisando los durmientes o haciendo equilibrio sobre los rieles. Lo más lindo son los puentes. Cuando allá abajo vemos la calle entre los durmientes deslizándose como un río. Algunos son muy altos y hay que pisar bien para no caerse. Yo camino despacio, aparentando indiferencia, pero sintiendo en todo momento un ligero vértigo que me obliga a clavar la vista en mis pies, a calcular cada pisada, hipnotizado por ese lomo de tierra que se mueve sin cesar debajo mío.

Ernesto, en cambio, se mueve con maravillosa soltura. Me habla, grita, se da vuelta, corre... Es imposible seguirlo. Anda por ese andamiaje de hierro, madera, viento y cielo como por el patio de su casa. No digo nada, pero pienso que estamos a mano con lo de la carrera.

Llegamos a un puente de poca altura y como viene un tren decidimos verlo pasar desde abajo. Descendemos la pequeña cuesta y nos ubicamos a un costado del puente. Oímos el bramido del tren que se acerca y luego un ruido infernal que hace trepidar toda la tablazón. Las vías parecen curvarse bajo las ruedas. Un pandemonio de vapor, chispas, truenos y aullidos que nos sacude hasta las entrañas. La verdad, sentimos un poco de miedo y deseamos que venga otro tren para reivindicarnos.

Las vías pasan a menos de tres metros sobre la calle. Con un buen salto es posible alcanzar los durmientes y colgarse de allí como de un pasamanos. La idea surge como una pedrada y casi de los dos a un tiempo. Quedarnos colgados cuando pase el tren.

La tarde es un desierto de sol y tierra enardecida.

El cascabeleo de algún lejano carro de lechero y el canto metálico de la cigarra no cortan el silencio, sino que lo hacen más denso aún, más expectante.

Esperamos el rumor que nos anuncie la llegada de un tren. Los minutos transcurren lentos en el calor sofocante del reparo que forman las paredes del puente. Se mastica un yuyo o se sube de vez en cuando a mirar el reverbero distante de las vías.

—A no soltarse, ¿eh?

—No, a no soltarse.

De pronto llega. Es apenas un murmullo perdido entre cien murmullos iguales, pero para nosotros imposible de confundir.

Con cierta parsimonia nos preparamos. Frotamos las manos en la tierra, ensayamos un salto, otro salto. Subimos a verlo, ya está cerca.

Tomamos posiciones.

—¡Cuando yo diga saltamos!

El silencio, avasallado ahora por aquel torrente que se agranda y se agranda. Nos miramos y miramos los durmientes allá arriba.

—A no solt...

—¡Ahora!

Me falla un salto. Al segundo estoy arriba balanceándome todavía por el impulso. Ernesto ya está allí, firmemente prendido. Me guiña el ojo. Quiere decir algo, pero no lo escucho porque un ruido ensordecedor me oculta sus palabras. —¿No quemará la locomotora?—. Ya viene. Allí está. Hierros, fuego, vapor y un ruido de pesadilla.

No sabemos cómo fue. Cuando queremos acordarnos los dos estamos a diez metros del puente, mirando cómo los últimos vagones se deslizan haciendo oscilar las vías.

La tarde se nos acuesta entera encima de los hombros. Nos acercamos al puente, cabizbajos, avergonzados.

—¡Vos te soltaste primero!

—¡Tenías una cara de miedo vos...

Otra vez el silencio. La sierra sin fin de la cigarra nos chista y se ríe de nosotros. Estamos agitados, desfigurados por el calor y la excitación pasada.

—Si vos te quedabas, yo me quedaba...

—Yo también, si vos te quedabas, yo me quedaba.

Nos tiramos al suelo para esperar otro tren. La tierra pegándose a la piel mojada. El reverbero de la calle o quizás las gruesas gotas de sudor que me empañan la vista. Ernesto hace garabatos con una ramita.

Y el tiempo que se desliza silencioso sobre las vías como un tren infinito formado por el latido de nuestros corazones.

La cigarra. Un gorrión con el pico entreabierto y las alas separadas. Los ladrillos del puente y allá a lo lejos una pared blanca que nos saluda como un pañuelo.

—Un, dos, tres... (antes de que cuente veinte aparece), cuatro, cinco...

Silencio. Las voces de la siesta.

Ahora sí. Es un tren éste. El rumor lejano pero inconfundible. Nos ponemos de pie. Ninguno dice una palabra. El temor de soltarse y la decisión de permanecer hasta el fin. El contacto de la tierra caliente en las palmas de las manos.

—¡Cuando yo diga!

El ruido que crece segundo a segundo. Ernesto se agazapa para saltar. —¡Ahora! —digo, y salto con todas mis fuerzas.

El ennegrecido durmiente queda aprisionado entre mis manos. A un metro de mí Ernesto se columpia en el suyo.

El ruido ensordecedor. La cara roja de Ernesto entre sus dos brazos en alto. Su camiseta amarilla y su pelo caído sobre la frente.

Terremoto de hierro, vapor y chispas. El ruido infernal. El puente que se hunde con el peso del tren. Un miedo espantoso. Pero estamos colgados todavía.

Me doy cuenta de que estoy gritando a todo lo que doy. Ernesto también grita y patalea y me mira gritando y pataleando como un loco.

El tren no termina nunca de pasar. Las ruedas a medio metro de las manos. Una montaña encima de mi cabeza. El calor, el ruido. Todavía no sé si voy a quedarme hasta que pase todo. Y grito para darme coraje y también porque es necesario gritar. Lo veo a Ernesto congestionado, enloquecido, con las venas del pescuezo hinchadas por los gritos y por el esfuerzo.

Gotas de sudor se me meten en la boca. —No doy más, me quedo hasta que se quede Ernesto. —No doy más, me quedo hasta que se quede Cacho.

¿Cuánto faltará todavía? La cara de Ernesto gesticulando y escupiendo sudor. Sus piernas tirándome patadas. ¿Cuánto faltará todavía? Grito y lo pateo para hacerlo bajar. ¿Cuánto faltará todavía? El ruido. La vibración del puente metiéndose hasta los tuétanos. ¿Cuánto faltará todavía? Los sesos a punto de estallar. Borrachera de ruido, calor, alaridos y miedo. ¿Cuánto faltará todavía?

Algo dulce que nos acaricia los brazos. El tren que se aleja y el cielo azul a pedazos entre los durmientes.

Un silencio que crece de la tierra. El silbido lejano de la locomotora.

Seguimos colgados y nos miramos sonriendo.

La tarde canta en la voz de las cigarras.

¿Te acordás, Ernesto, cómo cantaba? ■

EL CIELO ENTRE LOS DURMIENTES

Humberto Costantini

RESEÑA PARA LOS DOCENTES

Es el relato de una amistad en la vida de dos chicos de doce años. Es la historia de una época de la Argentina en la que jugar en la vereda era lo habitual. Una historia de juegos sin juguetes, bajo el sol cayendo a plomo en la tarde silenciosa de siestas de barrio; la calle, los árboles, los durmientes de las vías del tren y un puente como principales protagonistas de la aventura. La embriaguez de estar vivos, fuertes, unidos en la alegría desafiante de sentirse inmortales.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

Es la historia de dos amigos que, a la hora de la siesta, salen a jugar por el barrio. Son fuertes, son sanos, son alegres, aman la vida y la desafían en inocentes aventuras. Un día deciden colgarse de los durmientes de un puente mientras por arriba, encima de sus cabezas, en minutos pasará un tren.

DATOS SOBRE EL AUTOR

Humberto Costantini, poeta, narrador, autor teatral, nació el 8 de abril de 1924, en el porteño barrio de Villa Pueyrredón. Ejerció la profesión de médico veterinario en la llanura de la provincia de Buenos Aires, y a su regreso a la ciudad practicó oficios diversos: vendedor, ceramista, investigador científico en un laboratorio, artesano, actividades que le permitieron conocer variados rasgos y caracteres humanos que enriquecieron el abanico de seres que pueblan sus cuentos y novelas.

Publicó los libros de cuentos *De por aquí nomás* (1958); *Un señor alto, rubio de bigotes* (1963); *Una vieja historia de caminantes* (1970); *Bandeo* (1975) y *En la noche* (1985), los libros de poesía *Cuestiones con la vida* (1966) y *Más*

cuestiones con la vida (1974), el relato épico *El libro de Trelew* (1973), varias obras teatrales (*¡Chau, Pericles!*; *Tres monólogos*; la pieza para niños *Una pipa larga, larga, con cabeza de jabalí*), y las novelas *Háblenme de Funes* (1970, llevada al cine por Raúl de la Torre); *De dioses, hombrécitos y policías* (1979) que obtuvo el Premio Casa de las Américas; *La larga noche de Francisco Sanctis* (1984) y *La rapsodia de Raquel Liberman* (1987, dos tomos de tres concluidos).

Cacho Costantini colaboró con las revistas *Gaceta literaria* y *El escarabajo de oro* y participó del Movimiento de Escritores para la Liberación Nacional, por el que fue candidato a la presidencia de la SADE. Militó desde joven en el Partido Comunista del que pronto se desvinculó por sus diferencias con el estalinismo, adhiriendo más tarde al Partido Revolucionario de los Trabajadores. Luego del secuestro de Haroldo Conti, con quien iba a encontrarse el mismo día de su desaparición, y en la certeza de que su vida corría peligro, fue obligado por su círculo de amigos a embarcarse hacia México, donde vivió siete años. Regresó a Buenos Aires en 1983, ciudad en la que murió cuatro años después, el 7 de junio de 1987.



ENLACES

Documental sobre Costantini

https://www.youtube.com/watch?feature=player_page&v=NU8wvR3Ca4w

